

“Las otras violencias permanecerán hasta el momento en que los colombianos de todas las condiciones nos desarmemos”.

de Jesucristo Superstar, por un lado, y su participación en el famoso Festival de Rock de Woodstock, por el otro?

Ellen y Tom produjeron *Hair*, esa obra mítica sobre la cultura *hippie* de los años sesenta, con sus consignas de hacer el amor y no la guerra, paz, libertad sexual y drogas. Los conocí en Nueva York porque Ellen era amiga del maestro Édgar Negret, que me dio sus señas. Cuando timbré a su puerta, me encontré de golpe con un huracán: una negra sureña maravillosa que me saludó en su inglés afrancesado, me abrazó casi hasta ahogarme, me adjudicó un rincón con una cama y se convirtió en mi mamá. Ella fue definitiva para mí. Había llegado a Nueva York con una mano adelante y otra atrás y había tenido un gran golpe de inspiración con el montaje de su Café-Teatro La Mama. Vivía en un enorme apartamento con Tom y otros personajes muy talentosos.

¿Cómo era O'Horgan?

Era un artista maravilloso: músico, director de cine y de teatro, quien también triunfó en Broadway con el musical *Hair*, que desató una gran polémica, especialmente por los desnudos, y significó una revolución en el teatro comercial. También montó *Jesus Christ Super Star*. Él y su grupo fueron los componentes fundamentales en la transformación del teatro, que en los años sesenta se dio a partir de La Mama. Ellen tenía una gran visión de empresaria y un gran poder de convocatoria y logró que la ciudad de Nueva York le diera un edificio de cinco pisos, que había sido de la Ópera. Todos vivíamos en el piso de arriba y los de abajo se dedicaban a los ensayos y al teatro, con toda su gente y su parafernalia. Era una especie de “comuna” de talentos extraordinarios, donde el teatro y la música eran los grandes insumos.

¿Y cómo vivió Woodstock?

Ese fue un momento fundamental en la época en que los *baby boomers* tuvimos nuestra epifanía: quisimos afirmar una nueva visión sobre la vida que no era la de nuestros padres, para quienes significaba

trabajar duro, ver el sexo como tabú y asegurarse de que “la letra con sangre entra”. Nosotros transformamos esa realidad, pero yo considero que somos una generación fallida.

¿Por qué cree que esa fue una generación fallida?

Porque matamos el tigre y nos asustamos con el cuero. Si hace memoria recordará a Timothy Leary, profesor, escritor, psicólogo e investigador de Harvard (Ph.D), a quien Albert Hofmann, un químico e intelectual suizo, que lo consideraba un tipo interesante, le mandó en 1963 una droga sintética, sicodélica, que Hofmann había sido el primero en ensayar, llamada LSD (ácido lisérgico).

Leary y su grupo empezaron a experimentar con esta y a él lo expulsaron de Harvard. Después se generó un movimiento alternativo, que predicaba una sociedad y un mundo nuevos, liderado por Ken Kesey, autor de la novela *One flew over the cuckoo's nest* (alguien voló sobre el nido del cuco). Kesey reunió un grupo de amigos, los Merry Pranksters, y se fueron a bordo de un bus que bautizaron “*Further*” (más allá), que pintaron con colores fluorescentes, al que le instalaron en la parte de atrás una gran batea con ponche de ácido lisérgico, y que salió de Nueva York llevando a bordo intelectuales, pintores, cantantes y músicos que cruzaron Estados Unidos cantando como juglares. Llegaron a San Francisco, al Golden Gate Park, pero ya llevaban la mala intuición de que su visión de cambio era una utopía y había que enterrarla.

¿Y por qué habían llegado allí con esa sensación de fracaso?

Porque, como habían recorrido todos los Estados Unidos, llevaban la certeza de que dentro de ese sistema económico su sueño no tenía cabida. Pero lo curioso –y lo maravilloso– es que los medios se encargaron de convertir ese movimiento, que derivó en el *hippismo*, en algo tan contundente que afectó no solo la mente de los jóvenes, sino también la moda, la publicidad y –sobre todo– la música y el

arte. Así comienza a crearse una imaginaria, que es la de los años sesenta, cuando llegamos a Woodstock, el festival por el que usted me pregunta, en 1969, donde se reúnen por primera vez las “tribus” que conforman la gran familia del rock. Paradójicamente, a pesar de su éxito, allí sí empieza a oficiarse el rito funeral del movimiento *hippie*, que va desprestigiándose por causas diversas y que tiene su epílogo con los tremendos sucesos en el Festival Pop de Altamont, donde acabó de hundirse la utopía.

Volvamos a usted y Woodstock.

Yo llegué al segundo día y tuve que caminar muchos kilómetros porque la carretera había colapsado. Fueron tres días en que la música no paró. De pronto llegaron unos helicópteros oficiales porque el gobierno de Nixon había declarado esa zona como “área de desastre”. Era la Guardia Nacional y por fortuna los organizadores convencieron a los uniformados de la inconveniencia de meterle ejército a un lugar donde una multitud impresionante vagaba, en un viaje alucinado, por el “País de las maravillas”. Gentes cuya lectura frente a unas tropas hubiera podido ser la de que se les planteaba una guerra. La cosa se arregló y esos días fueron indescriptibles y maravillosos. Dicen que llovió a mares y que hubo barro hasta la rodilla, problemas sanitarios y tres muertes: una por sobredosis, otra por apendicitis y otra por un accidente con un tractor, pero, como se ha dicho siempre: “El que diga que se dio cuenta de todo eso, es porque no estuvo en Woodstock”. Yo mismo me di cuenta de lo que le estoy contando sólo a través del recuento posterior en los noticieros. (Risa).

En Nueva York, donde usted estaba en ese momento, ya trabajaba en la primera de una serie de agencias de publicidad, propias y ajenas, en las que estuvo toda su vida.

¿Dónde estudió?

Yo ya había hecho seis semestres en el Arte College of Design, en California y quería terminar, pero no tenía plata, así que me dieron una beca. Me gradué y